

ENTRE VENDEDORES



20 cts.

—Ahí tienes tu, hay días en que compro siete manos y no tengo tiempo ni pa sanarme.
—Pues es raro, ¿con tantas manos!

Madrid Cómico

DIRECTOR PROPIETARIO

Manuel de Agustina Tolosa

Oficinas: Preciados, 17, ent.º — Teléfono 3.558.

← PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN →

Madrid: tres meses, 2,50 pesetas.—Provincias: seis meses, 5 pesetas.—Un año, 10 pesetas.—Extranjero: Un año, 15 francos.

Número suelto: 20 céntimos.

A todos los compradores se les regalará mensualmente, con sólo presentar en la Administración los números de cada mes, un ALBUM MUSICAL con 8 páginas de música yartística cubierta á dos colores.

LA MEJOR REVISTA DE TOROS QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA

ARTE TAURINO

COMPRE USTED TODAS LAS SEMANAS

REGALO de cuatro páginas del Diccionario Taurino Ilustrado, en forma encuadernable

PARA COMPRAR BARATO

A LOS GRANDES ALMACENES DE LA

PUERTA DEL SOL, 15

1.500.000 pesetas de géneros en liquidación con 50 y 75 por 100 de rebaja.

Precios fijos: Horas de venta, de 8 á 1 1/2, y de 3 á 9.—Teléfono 913.

Se traspasan estos grandes locales.

ISIDORO GARCIA VILLA

MONGE

Muebles y tapicería de lujo

INFANTAS, 34

INTERESA

á los lectores y corresponsales de este periódico

FRUTA PROHIBIDA

Cuentos picarescos inéditos de D. Felipe Pérez Capo, un tomo elegantísimo con magnífica y sugestiva cubierta en colores: Dos pesetas.

A nuestros lectores y corresponsales se les enviará por 1,50 pesetas, más 0,25 del certificado.

Agendas Bailly-Baillièere para 1912

Agenda de Bufete

CONTIENE

Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.

Cuatro ediciones económicas.

En Madrid: 1, 1,50, 2 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Cuatro ediciones completas.

En Madrid: 2, 2,50, 3 y 4 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

MEMORANDUM

DE LA

Cuenta diaria

CONTIENE

Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos e ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor á que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.

PRECIOS

En Madrid: 2,50 y 3 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

Agenda Culinaria

LIBRO DE LA COMPRA

que contiene 365 minutas y más de 700 recetas.

Explicación de la manera de condimentar los guisos que prescribe en los menús diarios.—Agenda en blanco para anotar al día los gastos de cocina.

PRECIOS

En Madrid, 2 pesetas.

En Provincias, 0,50 más.

AGENDA Médico - quirúrgica de bolsillo

ó Memorándum terapéutico, Formulario moderno y diario de visita.

CONTIENE

Diario en blanco para las anotaciones particulares.—Hojas para los trazados del pulso y temperatura.—Memorándum de terapéutica médico-quirúrgica y obstetricia.—Formulario.—Venenos y contravenenos.—Señas útiles á médicos, farmacéuticos y veterinarios, etc., etc.

PRECIOS

En Madrid... 2,50 pts. Con cartera piel... 5,00 »

En Provincias, 0,50 más.

Agenda de Bolsillo

PARA

uso de Particulares.

Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc.

Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.

PRECIOS

EN MADRID
De dos días en plana... 1,50 pts.
Con cartera piel... 3,00 »
De un día en plana... 2,00 »
Con cartera piel... 3,50 »

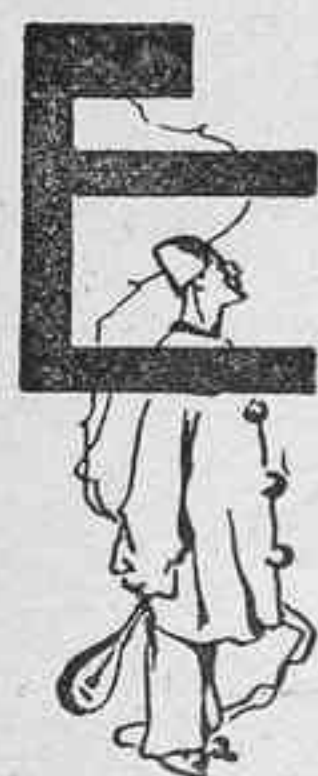
En Provincias, 0,50 más.



CHARLA SEMANAL



Jesús Durán



En Valencia reside un señor que, á pesar de ser empleado del Gobierno civil, tiene la fortuna de poseer un talento clarísimo y de haber hecho un descubrimiento realmente portentoso. Se trata nada menos que de la invención de una pistola de novísimo sistema que en vez de disparar balas de plomo despide una cantidad, determinadamente variable, de gases pestíferos, que producen en la víctima del disparo un estado de absoluto atontamiento, de duración proporcional á la cantidad de gases con que se cometió el atentado.

Supongo que no me negaréis la indiscutible utilidad de este moderno instrumento defensivo; yo creo sinceramente que el invento del talentado covachuelista supone un gran paso de avance en el enmarañado camino de las ciencias humanas. Es indudable que la pistolita en cuestión operará una importantísima transformación en nuestro Código penal, porque los crímenes que actualmente nos horrorizan cambiarán por completo de aspecto.

El amante desdeñado que en un momento de ofuscación mental se siente Otelo é infiere á la dueña de su corazón heridas de pronóstico más ó menos reservado ya no la amenazará con matarla *definitivamente*, sino que, empuñando la nueva pistola y adoptando la postura que él considere más digna de sus respetables pujos de asesino, la interpelará en la siguiente forma:

—¡O me quieres, ó te paralizó la existencia durante ocho días!

El único inconveniente que yo encuentro al descubrimiento del valenciano es el de que no esté todavía demostrada su absoluta exactitud; y calcularos que un día cualquiera tenéis una cuestión con cualquier mozo de cuerda, ó con cualquier cochero de punto, y vosotros, en el colmo de vuestra ira, le disparáis un tiro que creéis que le va á privar de la vida dos meses, y luego resulta que los gases dañinos no hacen todo el daño que debieran hacer, y vuestro contrincante cuando vosotros estéis más lejos de figurároslo se encuentra en condiciones de romperos un hueso, y os lo rompe, sin ninguna clase de consideración.

Por lo demás, yo no puedo menos de postrarme ante el talento de este hombre genial, que en los cortos ratos que las minutas y el balduque le dejan libre se consagra con toda la fuerza de su alma y de sus codos al

descubrimiento de la verdad científica; y que, por otra parte, no ha hecho en toda su vida más versos que un madrigal que dedicó á una criada que tuvo bizca, chepuda, chata y natural de Vitigudino...

**

Escribo estas líneas en un café de barrio; uno de esos cafés silenciosos y oscuros en donde siempre hay una pareja de tórtolos; unos mozos, crasos y viejos, que dormitan; unas botellas redondas, largamente enringleradas, sobre los mármoles de los veladores, y un piano desafinado que enseña las teclas amarillentas en un supremo bostezo de fastidio... Anochece... El cielo, bajo y plumoso, tamiza una lluvia lenta y constante, que obliga á los transeuntes á subirse los cuellos de sus gabanes...

...Yo, con la cabeza apoyada en las manos, busco inútilmente alguna cosa nueva de que hablaros. ¿La política? ¡Horror! ¿El uniforme de Weyler? ¡¡Terror!! ¿Las narices de Sánchez Toca? ¡¡¡Furor!!!...

De repente suelto la pluma, me guardo los terrones de azúcar que me han sobrado del café, y salgo á la calle porque... ¡preciso será decirlo! porque detrás de los cristales de la ventana he visto pasar la gentil silueta de una modistilla que me interesa bastante más que todo lo que pueda escribir acerca de los jocundos apóstrofes de Pablo Iglesias, de lo arcaico de los pantalones de D. Valeriano ó de la longitud del órgano nasal del respetable ex corregidor madrileño...

Juan José Llovet.



Se trata, lector, de un conde rico hasta no poder más, dueño y señor de un castillo situado en Valdeazafrán sobre un monte, tan famoso como el Monte de Piedad, que adquirió jugando al monte con Montalvo y Montemar.

El ilustre conde tiene su casa en la capital; mas todos los días, todos, la deja para tomar un automóvil, un coche y un exprés y un alazán, en el que cruza tres viñas, dos ríos y un melonar, hasta colarse en los antros de su castillo *feudal*.

Ni los espléndidos bailes de la buena sociedad, ni las partidas de caza, ni las funciones del Real, ni las fiestas de Palacio, ni el polo, ni el bacarrat, ni todas las cosas juntas

pueden hacerle olvidar el solitario castillo que tiene en Valdeazafrán.

Allí está su dicha toda, su ilusión, su bienestar, su consuelo, su alegría, su mayor felicidad.
¿En qué cifra su ventura?
¿En lo regio del local?
¿En los muebles que lo adornan?
¿En su agreste soledad?

Nada de eso. Según dicen los que allí le ven llegar, no hace más que subir rápido á la planta principal. Saca en seguida una llave del bolsillo del gabán, y abre con ella una puerta de bien labrado nogal, penetrando en un recinto que es una preciosidad... y que no es salón, por cierto, ni es alcoba, ni es *baduar*, ni es despacho, ni es despensa, ni es cocina, ni es zaguán,

ni es la pieza de comer, ni es la sala de billar.

Allí se encierra él solito, veinte minutos está... y sale con mejor cara que tenía antes de entrar.

Cierra con llave la puerta, deja el suntuoso local, monta otra vez en el potro, luego en el tren, y además toma el carruaje de campo y el automóvil Panard para volver á su piso de la calle de Alcalá, mientras queda triste y solo y en silencio sepulcral el espléndido castillo que compró en Valdeazafrán.

¡Y esto un día y otro día, sin interrupción jamás!
¿No es muy cierto que hay caprichos imposibles de explicar?...

Juan Pérez Zúñiga.

MITOLOGIA PURA

CARTA ABIERTA

PARA D. JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Queridísimo D. Juan: Va usted á decir que soy un *Jason*. No lo crea. No fui á verle, como quedamos, por *Loke* le voy á contar. A mí se conoce que me han *Jomao* por otro. Calcule usted que, *Cadmo* menos lo pensaba, se presentaron en mi casa dos parientes cariñosos, un matrimonio con un nene de *Tetis*, á pasar unos días del mes de *Juno* con nosotros.

Llegaron llenos de *Polux* en el traje. Me quedé *Absirto* al verles entrar, porque, además de ser él un *Lateo* y ella una *Latona*, no disponemos de *Kama* para forasteros.

Mi mujer, que *Esfinge* mucho su mal humor y me *Eurice* todo lo que piensa, me dijo:

—*Noveas* así, hombre; no hagas ese *Egesto* ni seas *Urano*, que yo te *Prometeo* que se irán pronto.

—*Medea* lo mismo; el susto ya le tengo.

—*Vedas* como se van pronto, hombre.

—¿*Aqueron* se van?—le contesté.—Te *Apsarás* que soy *Momo*.

—Bueno, pues no *Ipsisto* más.

El es un tío muy *Orfeo*, *Cano*, muy *Canudo*, de mala *Fama* en el pueblo, sin *Fortuna*, muy *Tristán* y se traía un *Filemón* que *Nilo* qui-

se mirar. A la hora de comer les dimos de nuestro *Cocito*. Ella se *Hebe* el vino como si fuese agua, y él, que es un *Heliogábalo*, me dijo:

—No te *Eneas* que estoy harto; todavía me quedan *Gamur* de comer. ¿No *Midas* más?

Al ver tal desahogo le dimos más *Pan*, nos vació el *Tártaro* de *Mochtasá*, se bebió todo el *Anis del Momo*, se comieron todos los postres y luego nos pidió *Menelao*. Me *Achere* mucho al no poderse dar.

Claro está; luego le dió *Edipo*, y tuvimos que traer un *Tifón* para él *Eolo*. No sabía cómo *Therminales* la comida.

A mí me daba *Eaco* verle las manos tan *Parcas*, y la verdad es que me resulta mu-*Icaro* tener paletos en casa.

Yo me *Mensumo* de verla á ella: no hace más que enseñarnos sus brillantes, que, entre nosotros, le diré que son *Berenice*. A mí me recuerda una caricatura de *Sileno*. Al nene, que es un *Mammón*, le dan *Arcadia* de tanto atracarse.

Le digo á usted que es un *Derecto* de *Semiramis* y no me toques.

Después que comieron, me *Yama* mi pariente, y me dice:

—Me voy...

—¡Ah, *Tebás*!—le dije, alegrándome mucho.

—No, hombre, no *Themis* que

me vaya. No soy *Tersandio* que á las pocas horas os deje. Es que voy á dormir un rato. Tengo *Sueño*.

—¿*Hermes* mucho?

—Sí, regular; en eso no *Ovidio* ni á *Eta*, que se parece á *Morfeo*. Bueno; pues, chico, aquí me tendrás unos días.

Y me abrazó tan fuerte, que tuve que decirle:

—No me *Eteocles* más; no me cabe *Buda* que me quieres mucho.

Se acostaron los tres. El no ronca, *Brahma*.

¡Vaya unas *Ganges* que me caen! *Loki*-to estoy desde que vinieron.

¡*Aquiles* quisiera ver á más de cuatro!

No les *Confucio* con nadie.

Me estoy arruinando, y aunque yo me *Himeneo* mucho y trabajo todo lo que puedo, no basta para lo que comen mis parientes.

¡Esto causa *Eira*!

Con decirle á usted que las paredes, que á mí me gusta ver limpias y lisas, están llenas de *Arpias*, en las que cuelgan sus cosas...

Ya ve usted, D. Juan, mis *Desares*; compadézcame, y ya perdonará usted, visto este suplicio, peor que el de *Tántalo*, no haya ido á verle á la librería, aunque así lo *Promete* su buen amigo.

F. Montagud.

DETABULLO LITERARIO



ALGUNOS escritores, y mejor que todos José Francés, han hablado del difunto *Cuento Semanal*. Yo también quiero escribir unas líneas en su epitafio, y las mías serán más sentimentales porque se toma cariño á los periódicos y porque con su desaparición desaparecen unos cuantos duros para mi gaveta, y, aunque sea una flaqueza, también se le toma cariño al miserable dinero. ¡Qué queréis; el hombre es un paquete de liviandades!

Yo, como Boadil, suspiro tiernamente al pasar por la calle de Fuencarral: «¡Ay del *Cuento Semanal*!», y os confieso que no me gusta nada haber sido su último director. Realmente la víctima ha sido un gatito negro, que era el encanto de la propietaria, á última hora abandonado por ella, quién sabe por qué enigmas amorosos ó por qué tragedias pecuniarias... El gato habrá fallecido á estas horas; se lo habrá comido un empleado de los que no cobraron el último mes.

Yo tenía el presentimiento de que moría el periódico. Me asaltó ese temor al publicarse un cuento de Gloria de la Prada. Era un cometa rojo en el horizonte periodístico.

Aparte del sentimentalismo y del sueldo, no creáis que me apena mucho. ¡Hay que ver el número de cuentistas que discurren por esas rúas! ¡Hay que ver la horrible tarea de leer sus cuartillas y de darles excusas!

Escribir una de esas pequeñas novelas es bastante difícil; no es empresa para viajantes de comercio ni dependientes de ultramarinos. Y, sin embargo...

El Cuento Semanal lo fundó Zamacois en unión de Antonio Galiardo, que tenía el honor de estar completamente loco. Las cosas bonitas las suelen hacer los orates; los hombres cuerdos y prácticos suelen destruirlas.

R. I. P. *El Cuento Semanal*. En su fosa yacen algunas ilusiones y muchas tragedias, vulgares, bastantes orgullos sepultados y algunas flores; las de los escritores que allí rompieron el inédito, que siempre la recordarán con una amable melancolía.

Andrés González Blanco ha tenido la bondad de elogiar mi libro *El encanto de la bohemia*. Hace el joven crítico algunos distingos, y por debajo de los adjetivos de loa yo he creído ver una pequeña insidia. Tal vez sea yo muy mal pensado...

González Blanco declara que él es burgués, que respeta profundamente todas las conveniencias sociales. Lo siento por él; á mí me gusta más caminar libremente, sin mallas ni entorpecimientos en mi sendero, respetando lo que sea respetable ante mi criterio, pero la opinión del tendero, de la portera y del vecino me tiene completamente sin cuidado.

El crítico no sabe si yo soy bohemio ó soy burgués. Que más da que el autor sea lo que quiera; lo interesante es el libro. La pobre señorita Bohemia es muy mal comprendida por estos jóvenes escritores de alma conservadora; no entienden su generosidad, su imprevisora juventud ni su entusiasmo. En lugar de entusiasmo tienen ambición, afán de llegar, vanidad de la letra de molde. Nunca desinterés, ensueño ni ideal. Son jóvenes asustadizos ante cualquier gesto detonante que rompa la quietud de la laguna. La tranquilidad de esas conveniencias sociales.

Han visto en la bohemia sólo el harapo, la greña, el sablazo. Y la bohemia es, en esencia, un magnífico gesto de independencia espiritual. Lo otro es lo secundario, el traje, el parasitismo.

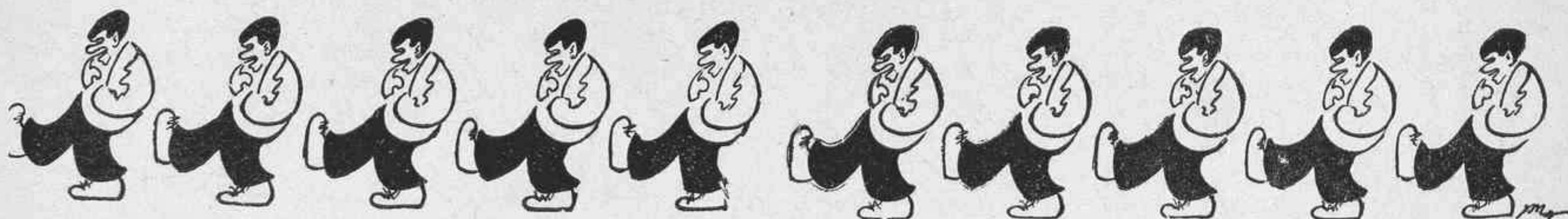
Además, no hay derecho á escandalizarse porque los bohemios pidan dinero. En España pide dinero todo el mundo, incluso los jóvenes literatos de ánima asustadiza y conservadora.

Y eso no está mal, mientras haya tontos con dinero y listos sin una peseta. Y es, además, una compensación: que un ebene vanidoso quiere que elogien sus menguadas producciones, pues convida á café á sus amigos y se deja operar. Esto es lo que hacía cierto vate chirle á quien los jóvenes juiciosos hicieron un homenaje al final de la primavera.

Y tan contentos todos los cofrades. Y que caigan tontos con mucha frecuencia por la república de las letras.

Emilio Carrere.

**



EL CUENTO DE LA SEGUIDILLA

—Ven, Pedro: llámame á Concilio á todos los santos, sin olvidarte de Isidoro, que hemos de platicar hoy de cosas mundanas, y que se refieren á Sevilla muy particularmente.

—La orden de V. M. será cumplida, mas dispéñeme la osadía de advertirle que si es cosa de anatema hay que contar con María, que bien sabe Vuestra Divina Providencia los pucheros que hace mi madre muy amada cuando se le toca á su tierrecita.

—Pues has de saber, Pedro replicón, que quiero celebrar la magna conferencia mientras María regresa del Purgatorio, adonde ha ido decidida á dejarlo desalquilado.

—¡Cúmplase tu voluntad!

.....
.....
.....

—Aquí, todos á mi diestra; oid:

En la ciudad de los azahares y de los poetas, donde hemos tenido que decretar pecado leve la mentira por miedo á que se llene el infierno de sevillanos, existe un baile tan sin sentido y loco, que quisiera que todos y cada uno de los bienaventurados aquí presentes me dieran su opinión sobre aquella danza. Enfrente del Pecado la Flaqueza, comienza el baile á compás de la musiquilla dulce de una guitarra; la pareja se mueve casi sin poner pie en el suelo, y á veces llega á tal extremo la aproximación, que, juntándose Flaqueza y Pecado, no hay bueno en la Tierra que no rechace con todas las veras de su alma aquel paso de baile, que es, sin disputa... ¡un mal paso!

Y ahora, hablen los que quieran en contra de la seguidilla sevillana.

Callaron santos, santas, ángeles, arcángeles y serafines hasta que Su Divina Majestad tuvo que decidirse á preguntar á alguno de los allí reunidos.

—Habla tú, Pedro—dijo.

—Señor—contestó San Pedro—, yo pequé. He abierto las puertas

de la Gloria á una macarena de ojazos negros, que en la portería me enseñó las dos primeras coplas. No puedo ser juez en el asunto.

—Hable Pascual.

—Yo, humilde más que ninguno y bailarín más que todos, digo que no fué invención mía la seguidilla, y no la conozco ni de oídas. Pero si sólo es un paso el de aproximación... ¡Paso!

—Hable Teresa.

—Señor: No soy de Sevilla, y en el tiempo que estuve en aquella ciudad oí que la moza sevillana es gloria... Y si hay aquí quien se aproxime á la Gloria... ¡Bienaventurado!

—Hable Isidoro.

—Anima Hispalensis est bona. Atqui bonum est integra causa; et SEGUIDILLÆ sunt anima hispalensis. Ergo, sublatis SEGUIDILLIS, auferetur quid bonum, nihilque prævum.

—Hable Leandro.

—Después de seis coplas de seguidilla no pasa nada. ¡Se cae rendido! ¡Palabra de honor!

—Hable el que quiera.

—Señor: Isidro el Labrador opina que en su tierra no hay ningún baile de seguidillas; pero en cuestión de bailes, el *agarrao* tiene peores pasos.

—Diego de Cádiz dice que ante la cruz se baila, y la cruz se ríe...

—Hable Justa.

—Soy de Triana.

—Hable Rufina.

—¡De Triana, Señor!

—Tomás, ¿qué dices?

—Señor: Tomás recuerda una letrilla popular de ese baile:

«A la Virgen del Carmen
quiero y adoro,
porque saca las almas

del Purgatorio.
Saca la mía,
que la tengo penando
de noche y día.»

—Las hay también bastante picarescas.

—Y también inocentes, Señor—dijo Pedro—. Oiga esta:

«En las puertas del Cielo
venden tomates
para los angelitos
que están descalzos.»

—¡Señor, Señor!—dijo á esta sazón un serafín que se había encaramado en una nube—. ¡María vuelve del Purgatorio!

Y todos los santos pusiéronse de pie en muestra de respeto. Y entró la Virgen.

—¿Concilio tenemos, hijo? Aquí te traigo á todos los sevillanos que había en el Purgatorio. Han salido porque acaban de bailar los *seises* en la Catedral Mariana. ¡Bendícelos!

—¡Madre!

—Y dime: ¿de qué se trata en este Congreso?

—¡De anatematizar la seguidilla!—le dijo San Pedro por lo bajo, dándole un tirón del manto.

—¿De las seguidillas? ¿De las sevillanas?—exclamó María—. ¡Pues, señor, está bonito! ¿Y las vais á condenar? ¡Ni pensarlo! ¿Qué va á ser de mis hijas? ¿Qué va á ser de mi tierra? ¿Qué vas á hacer, hijo?

—Madre, lo que tú hagas es mi voluntad.

—¿Sí? ¡Pues disuélvase la asamblea! Y sépase de aquí en adelante que la *seguidilla* tiene su defensora en la sevillana más sevillana de toda Sevilla. ¡En la Virgen de la Esperanza!

.....
.....
.....

Conque... sevillanitas mías, vengán palmas, que allá va mi copla:

«Bailando quiero verte
la seguidilla,
que ese baile es el alma
de mi Sevilla.

¡Duro y *arsando*,
con aproximaciones
de vez en cuando!»

Pedro Pérez Fernández.



EL MISTERIO DE UN VALS

Maestro Peris.

Canto
Francisco Sotario

Piano

The first system of music features a vocal line and piano accompaniment. The vocal line is written in a treble clef with a key signature of three sharps (F#, C#, G#) and a 2/4 time signature. It begins with a rest, followed by a series of eighth notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4, F#4, E4, D4. The piano accompaniment is written in a bass clef with the same key signature and time signature, starting with a quarter note G3, followed by chords of G3-B3-D4, G3-B3-D4, G3-B3-D4, and G3-B3-D4.

The second system continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line has a melisma marked 'tu' over the notes G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4, F#4, E4, D4. The piano accompaniment continues with chords of G3-B3-D4, G3-B3-D4, G3-B3-D4, and G3-B3-D4.

The third system shows the vocal line with the lyrics 'ca-ba de chi qui tin'. The vocal line starts with a melisma marked 'E' over a whole note G4, followed by eighth notes: A4, B4, C5, B4, A4, G4, F#4, E4. The piano accompaniment features chords of G3-B3-D4, G3-B3-D4, G3-B3-D4, and G3-B3-D4.

The fourth system continues the vocal line with the lyrics 'el plantin yes un honor para usted ya se ve mas'. The vocal line starts with a melisma marked 'E' over a whole note G4, followed by eighth notes: A4, B4, C5, B4, A4, G4, F#4, E4. The piano accompaniment features chords of G3-B3-D4, G3-B3-D4, G3-B3-D4, and G3-B3-D4.

(2)

Ella

#

por la flauta lo can bié (ay) que acerta doestu vous.

Ep

ted yo me canse de to-car con ra-zón pues

Ella

me aburrí de so plax de afi-ción Po-co a certa-does tu vous.

rapp^o Ep

ted Que to-ca mucho ya se ve

El

Ella imitando el violin

(silvando) - - - - - rin rin rin Ay! que bien que suena e.

El

se flautin Es que amiga mi a en es- te momento

hago yo lo - curas con el ins. trumento (silvando) - - - - -

El como antes

(Ella) ay, que bien me suena e. se flau- tin

rin rin rin (El) ay! co- mo co- mi no ye el flau tin

si hacenste esas cosas con el instrumento tocaste hasta el Zohen

si hayo y estas cosas con el instrumento tocaste hasta el Zohen

grin

grin

La viuda alegre.

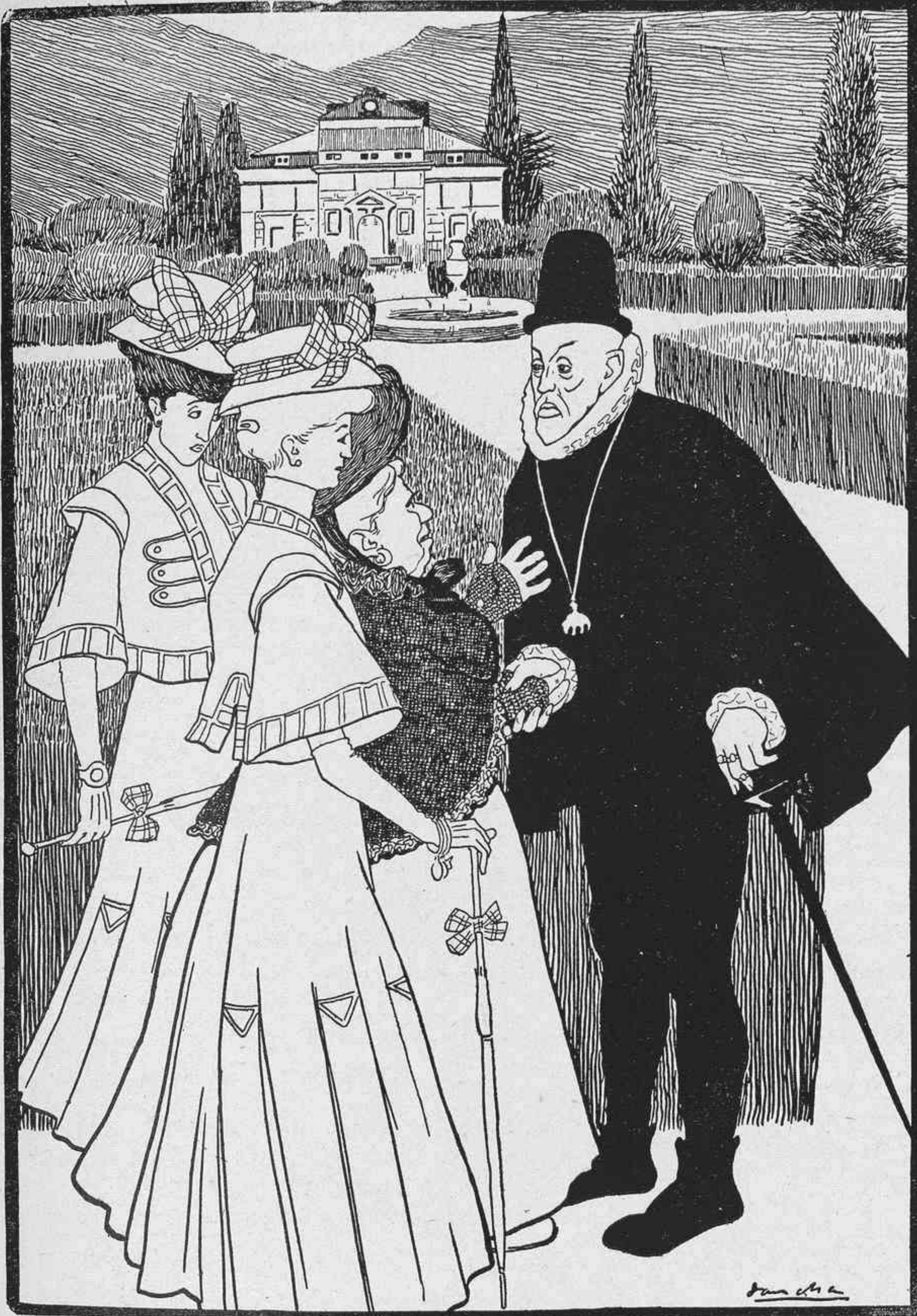
«A una viuda impenitente que trabaja rudamente sin descansar un instante, y que mantiene al amante con el sudor de su frente».

Viuda alegre y pizpereta, tontísima de remate, que te ofreces á un petate mixto de buey y de esteta.

que te quiere, dulce amiga, porque le das pan de higo.

Si eres rijosa y ardiente y tu cuerpo lujuriente necesita algún calmante, bebe el agua en mejor fuente.

Si á tu cerebro vicioso sube la sangre ardorosa, ocupa con mejor cosa el vacío de tu esposo.



—Señora, usted viene equivocada. Yo soy don Felipe, el muerto, y usted viene buscando á un vivo.

Tú, que tantas pretensiones tienes, ¿cómo te ilusionas de un sencillo cucamonas adornado de pitones?

De uno que vive contigo por llenarse la barriga;

Mas nunca tu pecho escudes en las astas de un cornudo, que es poco noble el escudo, aunque tú, ciega, lo dudes.

Perdona si te reprocho este excéntrico capricho...



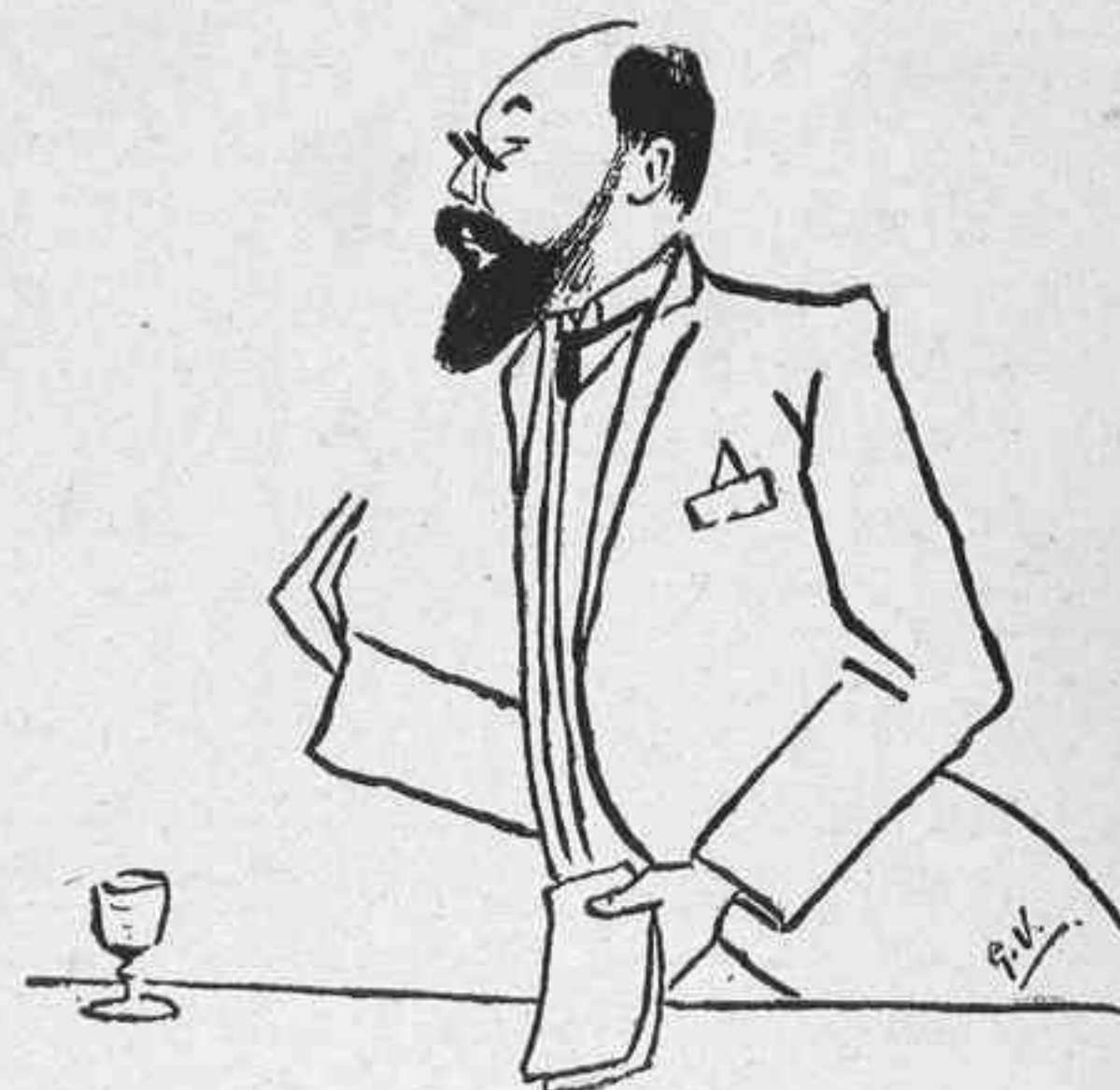
—Pero, oye: ¿no te abonas a la temporada de la Reguier?

—Sí, me abono á no ir.

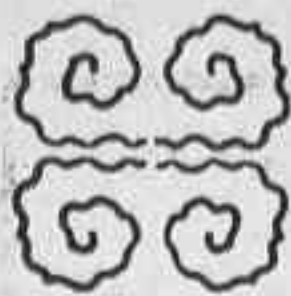
¿Qué encuentras en ese bicho por quien tu cuerpo está chocho?

Guarda, guarda tu hermosura, que vale por un tesoro; no se la brindes á un toro oriundo de un miura.

Gabino Perais.

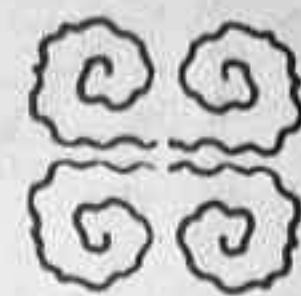


—¡Ah, señores! Mi programa no se tambalea por Chato más ó menos.



EN EL TRANVIA

DE MADRES A HIJAS



El tranvía que me llevaba al barrio de Cuatro Caminos subía pausadamente la dura cuesta de la calle de la Montera. Era de noche. Por las ventanillas abiertas penetraban ráfagas cálidas de un aire polvoriento que parecía adherirse á los semblantes matorrosos, y el pesado vehículo, como consciente de lo mucho que trabajó durante el día, rodaba lento á través de aquella atmósfera de bóchorno.

Delante de mí iban sentadas dos mujeres vestidas con cierta negligencia, de excelente buen gusto. Hija y madre parecían, tan semejantes eran, á despecho de las diferencias que el tiempo puso entre ellas. Era la más joven espigada y muy esbelta; el rostro carnosos y rosado, los ojos grandes, los cabellos bermejos y crespos como melena leonina, la boquirrita ansiosa, inquietante, llena de risas y de promesas; los hombros redondos y el busto, de líneas todavía inconcluidas, pero amplias, anunciaban un mañana magnífico.

Yo miré á la joven desconocida espaciosamente, agarrando bien estos detalles menudos; luego examiné á su madre presunta, y el hacerle equivalió á una «inducción». En ella persistían aún aquellos mismos cabellos, aunque un poco más lisos y más blancos; los mismos ojos verdeantes, un poco más tristes; la misma boca de labios finos, pero menos ilusionada, menos risueña, como amargada por el veneno de todas las palabras que pasaron por ella. Aquel rostro anciano

no parecía decirme: «El semblante que ahora admira usted en mi hija ha sido mío, lo he llevado yo sobre estos hombros que hogaño están angulosos, pero que un tiempo, en la claridad nupcial de mi alcoba de desposada, brillaron diurnos y blancos. Ella y yo, más que dos capítulos diferentes de la misma historia, somos dos ediciones de un mismo libro, porque ella, más que continuar mi vida, la repite».

Era así, en efecto.

Tiene la diosa Vida un cincel que va escribiendo sobre nuestros rostros todo lo que fuimos, y unas veces lo burilea y lo deja pálido, y otras lo reseca y estruja. Son los signos algebraicos compuestos con muecas de placer y de dolor, de que los augures se sirven para adivinar el pasado de los inquietos que van á sus consultas. Sobre las frentes, en los entrecejos donde el pensamiento pone su yunque; en las comisuras labiales, por donde corren cual sobre rieles las lágrimas y las risas, diseminadas por las mejillas; el odio, la alegría, la ambición pasaron y repasaron, dejando aquí y allá un estremecimiento que, á fuerza de repetirse, llegó á cristalizar en una cicatriz diminuta. Y cuando en la cara como en el alma, todo lo pretérito se halla bien barajado y revuelto, ¿quién podrá decir: este pliegue es la huella de una gran carcajada, ó esta arruga es el retrato de mi mayor dolor?...

Ante mí, aquellas dos cabezas de mujer continuaban hablando un idioma de misteriosa elocuencia. Y

mientras la madre repetía con amargura, refiriéndose á su hija:

—«Yo fui así...»

La hija, inconsciente en el esplendor triunfante de sus ojos verdes y de sus cabellos de sol, parecía decirme:

—«Y yo seré como ella, lo mismo que ella, cuando pasen veinte años.»

Y el crónista que hasta entonces había ido examinando á la joven con cierta complacencia amorosa, sintió que su ilusión decaía bruscamente y miró á otra parte. Porque acababa de comprender que el ocaso de aquella mujer, como todos los ocasos, sería feo, y el amor, que adora la línea, no puede prendarse de nada que sea feo.

Madres: si os parecéis mucho á vuestras hijas, procurad mostraros con ellas en público lo menos posible; es el último sacrificio á que os obliga la maternidad. Y daré la razón de mi consejo: los hombres, cuando se enamoran, no piensan en que el objeto amado ha de cambiar, no lo comprenden, no quieren comprenderlo; creen que aquella mocedad y aquella hermosura durarán siempre... Y si os ven junto á ellas les parecerá oír una voz que viene de lejos, la voz del Porvenir, que les dice:

—«Mira á lo que quedará reducido lo que tú amas...»

Y sentirán en su carne egoísta un dolor... y no se casarán.

Eduardo Zamacois.

INTERMEDIO ROMANTICO

En el ambiente frívolo de este café galante lloran las melancolías arpas napolitanas, tú surges en mi alma, toda blanca y fragante con la suave tristeza de las cosas lejanas.

Evoco nuestro viejo poema; tu florida ventana, de tus trenzas el perfume galán; tu voz que es el recuerdo más dulce de mi vida, ¡y tantas bellas cosas que nunca volverán!

¡Es la vida tan hosca y el triunfo tan banal, tan larga y cotidiana esta senda erial, es mi pan ta namargo y tan triste mi vino!

Hoy surges de las ruinas de mi leyenda de oro lejana y bella como mi juventud, y lloro. ¡Quién pudiera volver á empezar el camino!

E. C.

UNA MAJA

Oprimela el pie breve un zapato de raso en que la maja pone su orgullo y su cariño, negro como la noche, blanco como el armiño, triunfal en la cadencia armoniosa en el paso.

La nieve de los hombros, cual la nieve de blonda que los besa con suave ondulación de espuma; una sonrisa pícaro que en los labios se esfuma, y en los ojos dramáticos una mirada honda.

La falda de madroños ante la seda roja vuela sobre la capa que el manolo la arroja.

Tiene un desdén alivo que oculta sus pasiones.

Puede llamarse Carmen, puede llamarse Lola; es de la vieja cepa de la hembra española, señora de un cortejo de amantes corazones.

Antonio Roldán.

INFORMACIÓN TEATRAL

MADRID

—Me han dicho que el celebrado actor Pedro Ruiz de Arana no se encuentra bien de salud desde hace algún tiempo. ¿Es cierto? ¿Qué tiene?

—Es cierto; pero, vamos, en los días presentes parece ser que su enfermedad no inspira ningún cuidado; el sábado último la cirugía combatió su mal, y el reputado especialista Sr. García Tapia le hizo con feliz resultado una operación en la garganta.

—A tan estimado actor me alegraré de verle bueno...

—Haz el favor de no repetirme esa frasecita de «me alegraré de verle bueno»... ¡no, por los clavos de una puerta vieja!...

—No me explico...

—Para mí tiene desagradable explicación. No hace muchas noches me dió la humorada por ir al Noviciado...

—¿Tú?...

—Al teatro de la calle Ancha; no me interrumpas con chistes pateables. Vi la última producción ó tontería que el «sicalíptico» autor de *Ni á la ventana te asomes*—de cuyo nombre no quiero acordarme, pues de su manera de pensar teatralmente á la mía sepáralas la distancia de un polo á otro polo—, y, ¡pobre de mí!, presencié la obrita acabada de estrenar *M'alegro de verte bueno*...

—Y te llamaste á engaño...

—Y «Andana» al final del segundo cuadro, pues lo que allí se representaba y lo que se escuchaba á los actores no hay quien lo soporte en calma y sin indignarse. ¡Un escándalo!

—Entonces, parece de sentido común una queja que un espectador dirigía á la autoridad en «La voz de la calle», en el *Heraldo*.

—Lo más sensible es que ese serpiente teatral aun continúe en los carteles.

—Démosle por muerto nosotros, y en paz...

—¿En paz? Así quisieran que las dejaran á ciertas infelices bailarinas del regio coliseo.

—Si unas bailarinas se están quietas...

—Llegarán á ser más soportables que tú, que te pasas de chistoso. ¡Cómo estás hoy!

—Te prometo no distraer el diálogo con más «gansadas» de mi repertorio...

—Ante esa promesa... Resulta que á un buen «manejo» de las señoritas que forman el cuerpo de baile, á pesar de tener un mezquino sueldo, cuando llega el día de nómina se encuentran con un descuento más de un 25 por 100, y al preguntar las interesadas—como es lógico en toda tierra de garbanzos—á qué obedece ese descuento injusto, se les «consuela» diciéndolas que es por concepto de multas, por faltas de asistencia, puntualidad y otras informalidades que no existen.

—Ese... abuso parte, no me cabe duda, del encargado del coro, con el cual ya tiene el hombre para pagar el «simpático» impuesto de inquilinato, por lo menos...

—¿Será posible que la Empresa no haya tomado cartas en el asunto, y mande á ese caballerito del coro al... caño?

—Con el cese en su cargo de administrador de multas sería lo suficiente...

—¡Ele!... Ya que hablamos del Real.

—Te conozco sin estar disfrazado; sé lo que me vas á decir: que ha debutado el incomparable Titta Ruffo.

—Precisamente; con *El barbero de Sevilla*.

—Y ¡vaya un barbero que tengo entendido que resultó!... ¡Soberbio!...

—Magnífico; de los que afeitan en seco á cualquiera... Al público del Real, por lo menos, que por gustar del «servicio» ha pagado las localidades á buen precio.

—Pero, ¿y el oír cantar á Titta? ¡Ahí es nada!...

—Convendrás conmigo en que se exagera un poco los méritos del artista, y que la Empresa, oliendo la tostada de los *dilettanti* que van á presumir más que á apreciar las facultades del insigne cantante, subiendo los precios de los billetes ha hecho su Agosto, aun encontrándonos en el mes de Enero...

—Mientras haya... aficionados al arte de Wagner...

—¡Sea en buena hora!... ¡A mí!...

—Pues á mí, ídem de lienzo...

—Vamos, que no tendrás queja del estreno de los Quintero *Puebla*

de *las Mujeres*, verificado en Lara.

—Del estreno, no; de los autores, sí...

—¿No te mandaron billete?

—No tienen por qué. Esa queja que digo que tengo es por lo que respecta á la actitud en que los aplaudidos saineteros se han puesto, antes y después del estreno, con algún crítico de teatros, á los que ellos califican de «cascarrabias, ó de malas pulgas, reprobado en gramática».

—¡Arrea, constipao!...

—Por lo tanto, como yo puedo muy bien ser ese crítico—que no lo soy—, y ante el temor de que se me dirijan elogios tales, prescindo de dar mi opinión, ni la volveré á dar de las obras que estrenen los ilustres escritores, que, indudablemente, aspiran á ocupar algún sitio en la Academia; yo, como no aspiro á tanto—¡bueno fuera!—, me contento con hacer gala de mi modestia en todos momentos, y en forma cortés seguiré dando á conocer al público mis impresiones teatrales de cuantas cosas merezcan la pena, sin atreverme á juzgar las obras de los Quintero; me declaro débil, oscuro y falto de condiciones para ello.

—Se me figura que te sales del tiesto...

—Déjame; cada loco con su tema.

—Mas es de justicia consignar que *Puebla de las Mujeres* gustó mucho, y que los artistas del teatro de D. Cándido bordaron los dos actos de la comedia.

—Sí, sí...

—Luego...

—¡Viva Pepe Loma y Vicente Pastor!... Por lo menos, éstos si se les reconoce sus defectos no ponen el grito en el cielo ni dicen frases tan retumbantes como Maura... Te ruego que pasemos á otra cosa, que si cualquiera se entera de nuestra conversación, pueden calificarnos de ineptos en el manejo de la lengua... El undécimo, no molestar... Estuve en el estreno de *Doña Desdenes*, en la Princesa: una comedia graciosísima, cuyo asunto está inspirado en una opereta vienesa.

—Creo que Linares Rivas ha puesto mucho de su cosecha, y ha escrito un libro lleno de donaires, abundante en rasgos de ingenio y

entretenido por las situaciones cómicas de seguro efecto que ha tenido á bien presentarnos.

—Fué, en suma, *Doña Desdenes* un éxito franco de risa. El público pasó una velada entretenidísima y aclamó al ilustre autor de *La cizaña* al final de todos los actos. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué más exacta confirmación de la buena acogida que obtuvo la comedia que figurará en los carteles de la Princesa bastantes noches?

—Por supuesto, la interpretación, como de costumbre en aquella casa.

—Admirable, y, como de cos-

tumbre, es verdad: esa es la palabra. María Guerrero, tan digna de elogios como siempre; Conchita Ruiz, que hacía su debut en el coliseo citado, interpretó su papel con irreprochable gracejo; Díaz de Mendoza y Thuillier, en sus insignificantes cometidos, se portaron como buenos; los excelentes actores, como son ellos, nunca pueden estar mal en ningún papel, por insignificante que sea. Manuel Díaz, el notable comediante, hizo las delicias de la concurrencia; se mostró incomparable.

—Vaya un caluroso aplauso

nuestro para Linares Rivas y para los intérpretes de su comedia.

—Sin ningún inconveniente.

Colirón.

Homenaje al tenor Mácnez

Entusiastas admiradores de este simpático artista darán una comida en Casa Lhardy, el lunes 5 de Febrero, en homenaje de los triunfos conquistados por Mácnez en la actual temporada en el teatro Real.

Se admiten suscripciones, al precio de 20 pesetas el cubierto, en Casa de Lhardy y en la Administración del teatro Real.

DE TODA GALA

Siempre que hay una fiesta oficial se ponen en conmoción una porción de casas, que es donde residen los personajes que han de vestir el rameado uniforme.

Lo primero que hace aquel día la criada es ir á la compra y decirle al frutero:

—A ver si me despacha usted hoy pronto, que está mi señor de ceremonia.

—¿Se va á casar?

—No, señor; creo que tiene que ir á ver cortar el pelo á un diputado provincial, y le obligan á ir de uniforme. Me ha dicho la portera que está precioso.

—Bueno, pues ahí tienes las alcahofas.

—¡Jesús, si parece que están tísicas!

—¿Y tú crees que hoy se van á fijar tus amos en el mal estado de salud de las hortalizas? Llévalas, que puede que ni aun las coman por considerarlas poco dignas para un hombre que va á ir vestido más bonito que un alguacilillo de los toros.

La criada se apresura á hacer la compra, y cuando vuelve á casa, se encuentra á la señora muy ocupada en que cueza una olla grande de agua.

—¿Es hoy día de lejía?

—¡Calle usted, ignorante! Ya sabe que el señorito se va á poner el uniforme y quiere ir limpio, para que no le suceda lo que á un amigo suyo, que se presentó en una recepción del Ayuntamiento con el pescuezo lleno de mugre y el alcalde le obligó á salir del salón para que entre dos maceros se lo lavaran en el pasillo. A Dios gracias el señorito es bastante limpio, porque, por lo menos, las manos se las lava todos los días.

El personaje se ha levantado también temprano y está en su despacho contemplando la vistosa indumentaria. Aquel casaquín lleno de ojos bordados en oro le vuelve loco y le des-

pierta unas ideas de grandeza que no tiene el resto del año.

Mucho tiempo antes de la hora de la ceremonia comenzó á vestirse, y el primer problema que se le presentó fué el de las medias, porque resulta que sólo tiene unos preciosos calcetines escoceses que no van muy bien que digamos, teniendo que ir con calzón corto.

—¿Qué hacemos ahora? Porque yo no me puedo presentar ante el presidente del Consejo de este modo. ¿Cómo andas tú de medias?

—Malísimamente. Ya sabes que llevo unas que me ha regalado tu cuñada y que son encarnadas á rodajas.

—¡Sea usted hombre público para esto!

Por fin, la esposa tiene una idea salvadora, y corre escalera arriba hasta el cuarto donde habita una cupletista del Kursaal.

—Usted me perdonará—le dice á la madre de la artista—, pero quisiera que me prestase unas medias de seda de su hija.

—Con mucho gusto. ¿Va usted á retratarse?

—Son para mi marido, que se va á vestir de uniforme. Las tuvo muy buenas, ¿sabe usted?, pero un día se las pidieron para un beneficio que dieron unos amigos suyos en el Salón Zorrilla, y el que hacía de rey no tenía medias. Luego, se las devolvieron de tal modo agujereadas, que he hecho con ellas una redecilla para la mayor de mis niñas.

—Pues aquí las tiene usted. Con ellas ha vuelto locos mi hija á todos los concurrentes á las primeras filas.

Ya resuelto este importante asunto, el hombre público sigue vistiéndose y concluye por ponerse el casaquín y lanza una mirada orgullosa al espejo.

—La verdad es que no estoy mal.

—Estás precioso: ¡ya quisieran muchos de los que presumen, tener tu tipo! Tírate un poco hacia abajo, que parece que te hace un poco joroba... ¿Sabes lo que debías hacer? Retratarte.

—No me parece serio.

—¿Cómo que no? Acuérdate de las de Ortiz, que su padre sólo era un sencillo vista de Aduanas y le tienen retratado en la sala, de gran uniforme y con la mano derecha apoyada en un cajón donde dice «frágil».

Ya terminada la *toilette*, entra la criada y no puede menos de lanzar un grito de admiración.

—¡Está usted que mete miedo! ¿Es de capitán general, verdad?

El señor siéntese satisfecho, y está á punto de abrazar á la criada, pero se contiene, un poco por respeto al uniforme que viste y otro por miedo á que su señora le largue un escobazo.

Llega el momento de lanzarse á la calle, se mete en un macferland que tiene reservado para estos casos y hace que arreen su coche.

A despedirle, se asoma al balcón toda la familia.

El ilustre hombre llega puntual al sitio donde tiene que exhibirse y pasa á saludar á las principales autoridades y hombres políticos.

De pronto, nota que en torno suyo se ríen y cuchichean.

—¿Llevaré alguna mancha?—dice. Porque lo que es de mi pescuezo no creo que tengan que decir nada.

Por fin, se le acerca uno de los ministros y, llevándose aparte, le dice:

—Amigo don Abundio, me parece que viene usted un tanto sicalíptico. ¿Es que va usted á bailar el garrotín?

—¿Yo?

—Sí, fijese usted en las medias.

El desgraciado echa una ojeada á sus pantorrillas y ve que lleva unas preciosas medias verde mar, caladas y bordadas de lentejuelas. Las medias de la cupletista son magníficas para el Kursaal, pero impropias para un acto oficial.

—¡Me han perdido!—dice el pobre hombre, y cae desmayado sobre un diplomático extranjero.

¡Esto de vestir de gran uniforme, no teniendo costumbre de ello, suele traer desgracia!

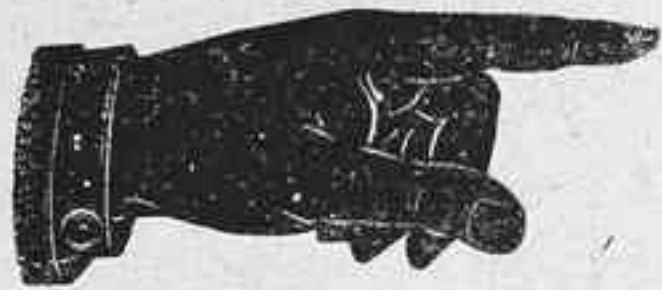
Luis G. Nevrijas.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

Elegancia Surtido y Economía

PRECIO FIJO ☉ 12, MARIANA DE PINEDA, 12 ☉ PRECIO FIJO



COMPRE Vd. EL

Almanaque de **Arte Taurino**

que contiene entre otros trabajos ilustrados con profusión de fotograbados y dibujos á pluma, los siguientes de los populares escritores que se citan:

Bellsolá (D. Joaquín), *Relance*.— **Las picas se vuelven lanzas.**

Caamaño (D. Angel), *el Barquero*.— **El cambio de Frascuelo.**

Casado (D. José), *Don Pepe*.— **Nuevo Callejero de Madrid.**

Cortines y Murube (don F.).— **Romance Heráldico.**

Gillis (D. Fernando), *Claridades*.— **El debut de Casado.**

Laserna (D. José), *Aficiones*.— **Hechos y dichos de Lagartijo el Grande.**

Loma (D. José de la), *Don Modesto*.— **Para profetas... el tiempo.**

Muñoz (D. Eduardo), *N. N.*.— **La primera corrida de Guerrita.**

Pedraza (D. José), *Frasquito Mejorana*.— **Gramófono Taurino.**

Pérez Lugín (don A.), *Don Pio*.— **¿La estocada ó el toreo?**

Serrano G. Vao (D. Manuel), *Dulzuras*.— **La puntilla de ballestilla, etc., etc.**

Yrayzoz (D. Fiacro).— **El encierro en Pamplona.**

Todos estos trabajos están escritos expresamente para el almanaque de **ARTE TAURINO**.

Dicho número publica también la entrega correspondiente del

Diccionario Taurino Ilustrado

que tan gran aceptación ha tenido.

**Portada á todo color : Doble plana á seis tintas
y Caricatura Taurina**

por el notable pintor D. José Pedraza.

Precio de este número almanaque: 30 cts. en toda España.



¿Y tú, por quién estás de luto?